

*“En este pueblo, como en otros, a todos nos dan pena nuestros muertos. Si es primavera, ya que no verán los campos florecer ni disfrutarán de las risas conocidas de los vecinos que aún vivimos; si es invierno, no escucharán la campana que llena el cielo anunciando su despedida. Son de la especie que solo siente el caer del pétalo de una rosa o cómo crecen las semillas que florecen en una sonrisa.”*

Juliana volvió a llenar su copa por tercera o cuarta vez y apagó la radio. Hacía años que escuchar aquel programa por las noches había pasado de costumbre a un rito casi religioso.

El locutor, con su voz pausada, leía textos pensados para emocionar y hacer reflexionar a partes iguales. Y aquella vez, como tantas otras, no había sido una excepción.

Entró al comedor y agarró una fotografía antigua con sus manos. En ella se podía ver a una mujer joven, sonriente, junto a un hombre con gesto serio y una mirada viva que derrochaba pillería y diversión a partes iguales.

- A todas nos dan pena nuestros muertos - pensó -. Recordar los abrazos que ya no serán y los momentos que nunca fueron.

Juliana miró la foto un poco más de cerca. Estaba tomada en aquella casa en la que habían crecido. Aquella casa que había sido testigo de tantas primaveras y tantos inviernos y que había guardado tras sus muros los secretos de generaciones.

La fachada estaba recubierta de una hiedra que abrazaba cada grieta como queriendo esconder las cicatrices del tiempo. Completaba el cerramiento exterior una puerta de roble desgastada por manos de gente que hacía tiempo se había ido.

Al cruzar el umbral el olor a madera antigua y flores olvidadas en un jarrón te acompañaba junto a la tímida luz que se colaba por los viejos ventanales. Esta proyectaba una especie de rayos crepusculares en los que se podía adivinar el polvo acumulado en el ambiente y generaba alargadas sombras difusas que te acompañaban durante todo el día.

Las últimas veces que visitó la casa estaba deshabitada, cerrada, húmeda, llena de telas de araña y vacía del calor y los sonidos que habitualmente la habitaban. Pero eso no le había impedido recordar cada rincón como si estuviera vivo e imaginar los objetos que una vez fueron y que le hablaban en silencio.

Una mesa que había compartido risas y confidencias, un sillón que evocaba abrazos y tardes de invierno, una entrada que prometía visitas y reencuentros.

Juliana, como buena mujer de costumbre, intentaba acudir a ella al menos una vez al año. La casa no era solo un refugio físico que le permitía huir de la ciudad y volver al pueblo que la había visto nacer y crecer, si no un refugio para su alma. Un lugar donde el mismo espacio-tiempo se curvaba permitiendo a su mente viajar a otra época, una donde aún sonaba el eco de los pasos hoy apagados y donde sentía en su piel el murmullo de un viento que ya no se colaba por las rendijas.

Aprovechaba esas visitas para recorrer cada estancia, siempre en el mismo orden. En cada habitación se entrelazaban las voces del pasado con la nostalgia del presente, convirtiendo lo que antaño fue un hogar en un santuario de memorias. Transformando dormitorios, comedores y cocinas en odas a aquellas tardes en que no corría el tiempo, reduciendo aquellos lugares donde celebraron la vida como si fuera para siempre a pequeños recuerdos que hablaban de amor, tristeza, felicidad y de pérdidas.

Al terminar volvía a cerrar la puerta con sus tres vueltas de llave y daba un último paseo por aquellas calles llenas de adoquines que habían soportado el peso de los años. Entonces veía a ancianos a los que había sabido jóvenes, a niños a los que no conocía y a familias que aspiraban a tener una vida, al menos, tan feliz como la suya.

- Todo ha cambiado tanto que sigue igual - solía pensar.

Los días se seguían sucediendo pero ella no podía evitar mirar atrás con nostalgia. Al fin y al cabo, el pasado era el lugar en el que más tiempo había vivido.

Dejó a un lado sus ensoñaciones y volvió a mirar la foto que aún sujetaba. Se fijó en su madre y recordó aquel día en que le pilló mirando debajo de la cama antes de irse a dormir.

- ¿Qué haces? - preguntó su madre -. ¿Tienes miedo?
- Sí mamá - contestó Juliana un poco avergonzada -. A veces por la noche escucho ruidos. He tenido miedo y estaba mirando por si había algo escondido esperando a que me durmiera para salir.
- Hija, si tus miedos se esconden de ti es porque también te tienen miedo.

Su madre sabía muchas cosas, aunque no siempre las contaba. Sólo hablaba cuando tenía algo muy importante que decir. Su padre era diferente. Era una de esas personas que te explicaba algo con más convencimiento del que él mismo tenía.

- Hoy va a llover - decía tras sacar el brazo por la ventana y agitarlo enérgicamente.
- Papá, pero ¿has visto el sol que hace? Además, dijiste lo mismo la semana pasada y no cayó ni una gota - le contestaba Juliana.
- Esta vez estoy seguro. Hoy va a llover - repetía con una sonrisa de autosuficiencia.

Juliana sonrió recordando que tampoco aquella vez había acertado. Con los años aquello se convirtió en su pequeño juego. Ella le daba la razón y él quedaba contento, en el fondo para él lo importante no era tanto acertar como que su hija pensara que iba a hacerlo.

También se jactaba, además de sus dotes de adivino, de tener una vista privilegiada. Paraba en mitad del monte, colocaba la mano a modo de visera y te miraba mientras señalaba a un punto lejano.

- Juliana, rápido. Ahí. En aquel pico - decía nervioso.
- ¿El qué? Papá, no veo nada - contestaba ella entrecerrando los ojos en un intento de no quedar cegada por el sol.

- Arriba. Hay una cabra montesa. No, espera, hay varias. Al menos una familia entera.

Y tras un rato fingiendo escudriñar el paisaje, sin ningún tipo de éxito, Juliana terminaba dándole la razón.

- Es verdad, ya las veo. ¿No será un rebaño entero? - contestaba con un poco de emoción fingida.
- Ves, te tengo dicho que confíes en mí, que tengo los ojos de un águila.

Con eso él ya quedaba contento y daba por probada su buena visión. Aunque si algo no supo ver fue que la madre de Juliana, su mujer, se les iría mucho antes que él. Lo recordaba dolido, cabizbajo. Nunca antes le había visto llorar. Se abrazaron mucho aquella tarde.

- Tranquila hija. Todo irá bien.

Nunca antes había dicho algo tan poco convencido de sí mismo, pero la verdad era que aquella vez sí acertó. Juliana tenía diez años y entre los dos, con más pena de la que se creían capaces de cargar en sus espaldas, tiraron adelante.

La visitaban en el cementerio todas las semanas. Tardó casi un mes en contarle cuánto la echaba de menos. Aquella tarde, al volver a casa le explicó a su padre que no lo había hecho antes porque había cosas que dolían tanto que era mejor no decir. Él rompió a llorar y también se abrazaron mucho.

Con el tiempo Juliana acabó encontrando un novio. Uno medio guapo pero muy formal. Trabajador. Buena persona.

Pasaban las tardes riendo y dando largos paseos, y nunca habían salido de la comarca hasta que a él le salió faena en la ciudad. Se acabaron mudando allí, a una casa pequeña pero preciosa, con una pared blanca impoluta que él encalaba todos los años hasta que dejó de tener fuerzas para hacerlo. Se quisieron mucho y fueron muy felices.

Continuando la tradición familiar tuvieron una hija morena y de ojos vivos a la que llamaron Laura en honor a su abuela materna. A Laura le encantaba pasar la mano por la pared de casa y verla todavía manchada de blanco. Aún hoy lo sigue haciendo porque, por mucho que crezcamos, una parte de nosotros nunca deja de ser un niño.

Sonó un teléfono en la habitación, era ella.

- Mamá - dijo Laura.
- Hola hija, dime.
- Recuerdas que celebramos en mi casa el cumpleaños, ¿verdad?
- Ay, qué cabeza la mía. Voy para allí.

Juliana se sonrió. Por suerte para todos la vida seguía, y por mucho que su programa favorito intentara convencerla de lo contrario ella no estaba aquí sólo para recordar a los muertos la vida le recordaba que también debía celebrar a los vivos.

Dejó la fotografía en el mueble de la televisión y con un último vistazo se despidió. Recogió un pequeño paquete envuelto, algo plano y con forma rectangular, y salió a la calle.

Al llegar a casa de Laura, su hija, tocó al timbre y subió tan rápido como sus cansadas piernas le permitieron. Se asomó rápidamente al comedor, estaban todos. Por supuesto Laura, su marido y su hija pequeña, pero también sus primos. Dejó la chaqueta junto al paquete envuelto en la entrada y se dirigió hacia donde la esperaban.

- ¡Hola a todos! ¡Qué cabeza la mía! Veo que no habéis sacado aún la tarta - dijo Juliana sonriendo.
- Mamá, pero cómo vamos a sacar la tarta sin que estuvieras tú. Vamos, siéntate - dijo Laura.

Juliana se sentó en la parte central de la mesa del comedor. De repente, el marido de Laura apareció con una tarta con incontables velas prendidas mientras todos entonaban el cumpleaños feliz.

- ¡Feliz cumpleaños Juliana!
- ¡Feliz cumpleaños mamá!
- ¡Feliz cumpleaños abuela!

Todo el mundo la felicitaba.

- Así da gusto cumplir años - dijo Juliana -. Gracias a todos por venir.
- Bueno, la que casi no viene eres tú - bromeó alguien al fondo.

De repente todo el mundo comenzó a hablar a la vez “que diga unas palabras” decían unos, “yo no quiero tarta que estoy a dieta” decían otros. Por suerte en medio de aquel pequeño caos Laura tomó las riendas de la situación.

- Primero los regalos. Y luego, mamá, eres la más vieja de la familia así que no te vas a librar de decir unas palabras - le dijo con una mirada traviesa.

Las aperturas de envoltorios, los besos y los abrazos se fueron sucediendo para llegar a la mitad de la operación con gran parte de la mesa llena de papel de envolver de diferentes tonalidades y la otra media con un par de guantes de piel, una bufanda y un pijama polar.

- La gente que te quiere siempre te regala cosas calentitas - dijo Juliana en voz alta -. Supongo que es la forma de decir a alguien que te preocupas por él.

El resto la miraron con ternura y le recordaron que aquella pequeña frase no iba a convalidar el discurso final que todos esperaban.

Juliana fingió resignarse y continuó desarrollando paquetes hasta conseguir un juego de tazas de café, un bono para un spa y unas zapatillas de estar por casa que no hacían sino acabar de confirmar su teoría.

Una vez abierto el último regalo salió fuera hasta buscar su paquete y colocarlo en el centro de la mesa. Se aclaró la voz y se dirigió a todos los presentes.

- En primer lugar gracias a todos por venir. Hoy no sólo celebro un año más de mi vida, si no la continuidad de un legado familiar y la felicidad de que me acompañáis a cada paso, tanto los que están hoy aquí como los que por desgracia no nos acompañan. Estaba en casa, escuchando la radio y viendo una fotografía antigua de mis padres, y he pensado en lo afortunada que he podido ser y en lo agradecida que debía estar por ello. Os agradezco a todos vuestros regalos, pero me vais a permitir la licencia de regalarme también algo a mí misma.

Cogió el paquete y lo acercó. Poco a poco, saboreando el momento, lo desarrolló para acabar revelando para sorpresa de todos un marco de fotografías. Los presentes se acercaron para ver qué foto había en él. Cada uno de ellos, al verla, ponía cara de sorprendido.

- Sí, sé qué no lo entendéis. ¿Por qué se ha regalado a sí misma un marco de fotos vacío? Hoy, cuando miraba la foto de mis padres me he dado cuenta de una cosa. Estaba pensando en ellos, recordando, llorando, sonriendo. Esa foto era un pedazo de historia guardado ahí para siempre pero ellos no la hicieron pensando en que yo pudiera verla años después. Ellos la hicieron celebrando la felicidad del presente, es eso lo que la hace especial. Laura, ¿tiene por ahí esa cámara tan moderna que hace las fotos al momento?
- Sí mamá, claro.
- Tráela por favor.

Tras la breve pausa que siguió a su última orden, la sala quedó sumida en un silencio expectante. Laura, con manos seguras, regresó con la cámara. La luz suave

del atardecer se filtraba por los ventanales, tiñendo de dorado cada rincón, mientras los rostros de familiares y amigos se iban acercando, formando un semicírculo en uno de los bordes de la mesa.

Juliana tomó un profundo respiro y continuó, con la voz cargada de una mezcla de nostalgia y determinación:

- Hoy, este marco vacío se transforma en el contenedor de nuestro presente. No es solo un objeto, es la promesa de que cada instante vivido, cada risa compartida, quedarán grabados para siempre. Quiero que todos se acerquen, que en este preciso segundo, nuestras miradas, nuestros abrazos y nuestra alegría se conviertan en un recuerdo eterno.

Un murmullo de aprobación recorrió la sala. Lentamente, todos se acomodaron frente a la cámara; el ambiente se llenó de una magia sutil, como si el tiempo se detuviera para capturar ese instante irreplicable. Con un chasquido la cámara selló aquella unión en una imagen que, a partir de ese momento, sería testigo de la historia de la familia.

Pasaron los años. En una tarde cualquiera, en la misma casa que había sido testigo de tantas primaveras y de tantos inviernos, Laura se sentó junto a su hija. Con manos temblorosas, ambas sostuvieron el marco y contemplaron la fotografía. En la imagen se reflejaban las sonrisas, las miradas cómplices y el cariño que, en aquel día, las unió de manera irreplicable. Entre silencios cargados de emoción, comprendieron la intención de Juliana. Aquel regalo no era un simple objeto: era un legado de amor y de vida, un recordatorio eterno de que, aunque el tiempo siga su curso, lo verdaderamente importante perdura en el alma.

Y así, en ese marco que una vez fue vacío, se encerró para siempre el latido de un momento único, la esencia de un presente que se convirtió en memoria, y la certeza de que cada imagen, por muy efímera que parezca, tiene el poder de mantener vivo lo que de verdad nos une.



